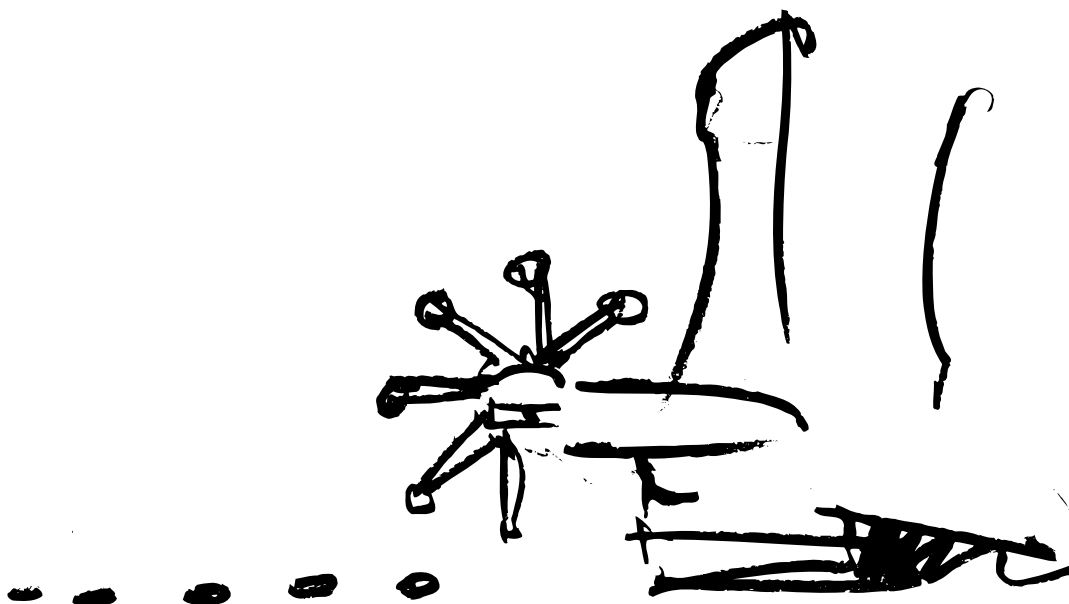


Un vistazo a *las huellas de Zapata*

Antonio De la Cuesta Colunga



Ochenta y ocho años atrás, el 10 de abril de 1919, la pacífica comunidad de San Juan Chinameca (Morelos) quedó inmortalizada por un violento incidente en el marco de la Revolución Mexicana. Poco después del mediodía, Emiliano Zapata y parte de sus tropas se aprestaron a descender rumbo al portal del casco de la hacienda de Chinameca desde un lugar conocido como “la piedra encimada” donde habían acampado la noche anterior. Los zapatistas y su líder pensaban asistir a un comelitón ofrecido por el coronel Jesús Guajardo quien, a pesar de integrar las fuerzas gubernamentales encargadas de eliminar a los campesinos insurrectos del sur, había convencido a Zapata sobre sus supuestas intenciones de traicionar al presidente Carranza y unirse a la revolución sudista. La tradición popular cuenta cómo una mujer intentó prevenir al llamado “Atila del sur” acerca de

la posibilidad de caer en una trampa fatal al acudir a la cita en Chinameca. Sin embargo, Zapata sólo optó por hacerse acompañar de unos cuantos hombres más y de todos modos encontrarse con Guajardo, una decisión que únicamente aumentó la cifra de muertos en la subsiguiente emboscada. La opinión pública nacional tendría noticias del deceso del caudillo morelense hasta el sábado 12 de abril por medio de grandes encabezados en los principales diarios de la época. Asimismo, diversos periódicos dedicaron amplios espacios en sus respectivas ediciones durante los días subsiguientes a la publicación de aterradoras narrativas referentes a las actividades de Zapata a quien calificaban de “bandolero”, “criminal” y “asesino”.¹ En su número del 15 de abril de 1919, *El Universal* reportó: “Reparto de tierras, gritaban

todos los alzados del sur, sobre una base equitativa y legal. Mas los procedimientos que seguían no tuvieron más norma que el capricho, ni más ley que la personal dictada siempre por el jefe militar, sin acuerdo del cabecilla, ni más requisito que una ilegal acta, las más de las veces dictada por la conveniencia o por el interés privado”.² Ciertamente, dichas aseveraciones tenían matices tanto de verdad y certeza como de exageración y falsedad. Esto puede explicarse por el ánimo del entonces gobierno carrancista –apoyado por ciertos sectores de la prensa de su tiempo y de un modo similar a la de varios de sus antecesores y sucesores sedentes en el asiento presidencial– de erigirse con el estandarte del “monopolio legítimo” de una “Revolución” que nunca terminó de ser una sola.

¹ Cfr., “Cómo fue muerto el cabecilla E. Zapata”, *Excelsior*, 12 de abril de 1919.

² “Revelación de los secretos del zapatismo”, *El Universal*, 15 de abril de 1919 (reporte del enviado especial José González).

Al final, la historia oficial posrevolucionaria, fraguada incluso por algunos personajes hostiles a Zapata, terminó por subir al oriundo de Anenecuilco a los heroicos altares patrios y eliminar de la memoria colectiva los claroscuros de éste y otros personajes de principios del siglo XX.³

Para los historiadores y ávidos estudiosos de la Revolución Mexicana puede representar una labor relativamente sencilla generar grietas en los pedestales de los “héroes” de ese periodo –o de cualquier otro–. Ahora bien, dichas fisuras sólo son percibidas por unos cuantos ante el frecuente triunfo del mito en la colectividad. Como es sabido, la llamada historia patria se construye, conserva y transmite a partir del aprovechamiento de la miopía del individuo desinteresado a quien le ha sido inculcado el curioso mecanismo de memorizar y reproducir, en detrimento del arte de analizar y debatir. El desconocimiento de interpretaciones históricas distintas a las que edifican “personajes de bronce” propicia el establecimiento de un imaginario en el cual se cancela la oportunidad de percibir la complejidad de aquellos protagonistas capitales de la historia de México y así acercarse a un entendimiento menos nebuloso de lo que somos hoy como país. No obstante, también es posible transitar por los senderos históricos broncíneos e intentar desentrañar parte de su esencia al examinar el mito con ánimo crítico aunque esforzándose por ser comprensivo ante la tergiversación didáctica propia de la “cosmogonía patria”. De esta manera, al recordar el aniversario luctuoso de Emiliano Zapata y en el marco del presente número de Bien Común dedicado al campo mexicano, a continuación comparto con el lector las siguientes líneas inspiradas en un recorrido realizado a través de la denominada

³ En el marco de lo que Enrique Florescano llama “la política de unidad [como] compulsión irrefrenable del partido gubernamental [posrevolucionario]”, en julio de 1931, la Cámara de Diputados aprobó una resolución para “elevar” a los altares patrios a Venustiano Carranza y Emiliano Zapata por medio de la inscripción de sus nombres en letras de oro en la entonces sede legislativa de Donceles (Enrique Florescano, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus, 2002, p. 422).

Ruta Zapata, un simplificado trazo sobre las huellas más claras del caudillo sureño por tres poblaciones del estado de Morelos: Anenecuilco –la sede de su nacimiento–, Chinameca –el lugar de su muerte–, y Tlaltzapán –la autodenominada “cuna moral del agrarismo mexicano”–.⁴ La primera escala trata de las raíces del zapatismo como movimiento de justicia social, la segunda da un rápido vistazo a los orígenes del mito de Zapata, y la tercera muestra al revolucionario como héroe en vida.

Anenecuilco: la raíz

A unos cuantos kilómetros al sur de Cuautla se localiza Anenecuilco. En torno a la austera construcción donde se dice nació y vivió su infancia Emiliano Zapata Salazar se edificó el Museo Casa de Zapata. En este recinto se narra de forma somera la historia de los asentamientos humanos en esa zona de Morelos, de la milenaria tradición agrícola de sus habitantes –desde los primeros cultivos de maíz hace tres mil años, pasando por la introducción del cultivo de la caña de azúcar por los conquistadores españoles, hasta el auge de las grandes haciendas previo a la Revolución– y, en un apretado intercalado museográfico, se enumeran algunos pasajes de la vida de Zapata. Si se deja de lado un instante el marasmo zapatista, resulta interesante apreciar cómo la región de Anenecuilco –al igual que muchas otras en el país y en el mundo– ha sido escenario de constantes pugnas por la tenencia de la tierra y la administración de sus recursos naturales. Según los recuentos, los pioneros anenecuilquenses fueron las tribus olmecas que llegaron allí siete siglos antes de Cristo. En 500 a.C., grupos relacionados con Teotihuacan se establecieron dentro de los actuales límites morelenses e incluso sobrevivieron al colapso de la conocida “ciudad de los dioses”. Es probable que la institución del *calpulli*⁵ como

⁴ Así reza una inscripción al pie del monumento en honor a Emiliano Zapata que da la bienvenida al visitante a Tlaltzapán.

⁵ De acuerdo con el connotado antropólogo Ignacio Bernal, “el *calpulli* comprende dos elementos básicos: el nacimiento y la propiedad comunal de ciertas tierras.

la célula primaria de organización socioeconómica en la comarca date de esta etapa. Ya en nuestra era, hacia 1200, los tlahuicas, un ramal de los grupos nahuas (mexicas, tepanecas, xochimilcas, entre otros) provenientes de la gran migración del norte, sometieron a los pobladores del lugar. Años después, cuando los mexicas dominaron el Valle del Anáhuac, las tierras tlahuicas se convirtieron en tributarias de Tenochtitlan y en pieza clave para el abasto alimentario de dicha capital. Esto último explica por qué, en el siglo XVI, los invasores españoles decidieron emprender la conquista de los terruños tlahuicas y cortar la producción de granos que, en un buen porcentaje, alimentaba al centro del poder mexica.⁶ Como puede apreciarse, en el periodo previo a la Conquista, la tierra anenecuilquense cambió de manos varias veces, aunque el sistema comunal y de pertenencia encarnado en los *calpullis* prevaleció en todo momento. La agricultura de autoconsumo sobrevivió más de dos mil años a pesar de la constante carga de pagar tributo a los señoríos dominantes de la zona.

Cuando Hernán Cortés y los españoles notaron la riqueza y belleza de los territorios al sur del Valle del Anáhuac, muchos de ellos optaron por establecerse en el actual estado de Morelos. De hecho, tras la caída de Tenochtitlan, esta región fue de las primeras y más codiciadas en cuanto a la repartición de las encomiendas coloniales. Como es sabido, la encomienda era una institución de origen medieval por medio de la cual, aplicada en el caso de la Nueva España, la tierra permanecía en manos de los indígenas o de sus propietarios originales, aunque había un encomendero designado por las autoridades virreinales

Así, el miembro del *calpulli* ha nacido en él o pertenece a él por matrimonio, y al mismo tiempo vive en un lugar fijo y utiliza tierras específicas propiedad de aquél” (Ignacio Bernal, “Introducción a las épocas preclásica y clásica”, en Miguel León Portilla (coord.), *Historia de México*, México, Salvat, 1974, Tomo I, p. 131).

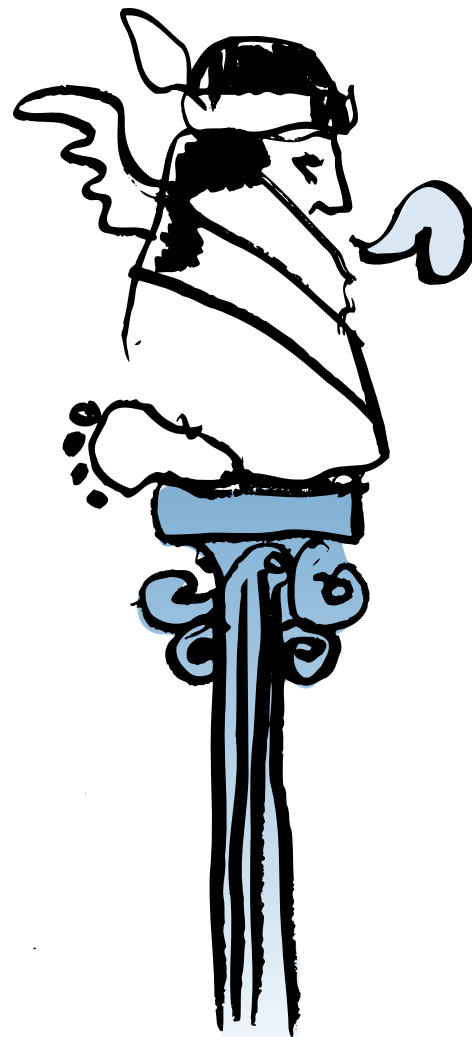
⁶ Cfr., Luciano Luna Domínguez y Efraín Escarpullí Limón, *Anenecuilcáyotl: Anenecuilco desconocido*, Unidad Regional Morelos de la Dirección General de Culturas Populares – Consejo del Patrimonio Histórico de Anenecuilco, A.C. – Universidad Autónoma de Chapingo, México, 2005, p. 51.

quien se encargaba de recaudar una porción de sus productos para beneficio de la Corona hispana. En general, la encomienda representó apenas unas ligeras modificaciones al sistema de pago de tributos ya presente en la época precolombina.⁷ Por ejemplo, el calpuleque o líder del calpulli tenía como tarea recoger los tributos a su gente y luego proceder a entregarlos al encomendero. Algo muy similar ocurría en las relaciones tributarias entre calpullis y señores mexicanos. Del mismo modo, en no pocos casos las encomiendas conservaron los límites físicos de los calpullis existentes a la llegada de los invasores europeos. Además, al igual que antes de la Conquista, la agricultura de autoconsumo continuó proveyendo de sustento mínimo a los pobladores de la zona. En el ámbito de lo político, los anenecuilquenses vivieron durante la Colonia bajo un régimen de república indiana, es decir, varias de las instituciones gubernativas prehispánicas —como la figura del calpuleque— seguirían en funciones dado que, desde la perspectiva de los conquistadores, su eficacia garantizaba la estabilidad virreinal. Por supuesto, la rendición de cuentas y el pago de tributos a la autoridad colonial eran irrefutables.

Paradójicamente, en la época independiente de México, la deestimación de la mayoría de las instituciones virreinales y la progresiva aplicación práctica del pensamiento liberal en el transcurso del siglo XIX, generaron tal vez los mayores malestares entre los habitantes de comunidades indígenas como Anenecuilco. En primer término, la desaparición de las repúblicas indianas permitió a criollos y mestizos establecerse en localidades otrora vetadas para ellos. Anenecuilco no fue la excepción y en pocos años la población indígena fue desplazada por la mestiza y el náhuatl dejó de ser

la lengua predominante.⁸ En lo concerniente a la tenencia comunal de la tierra característica del calpulli, la disolución de la encomienda dejó sin estructura legal a dicha forma de organización indígena, lo cual fomentó la violenta instalación del modelo de las grandes haciendas. El régimen de la hacienda significó el tránsito de una economía de autoconsumo a otra de mercado. Sin duda, la pequeña propiedad comunal del calpulli es de lo más ineficiente en un esquema productivo intensivo en tierras, agua y otros recursos. Así, las haciendas absorberían poco a poco los calpullis que les fueran necesarios. Anenecuilco quedaría adscrito a la Hacienda de El Hospital, cuyos territorios abarcaban en tiempos de la Revolución buena parte del centro-oriente de Morelos junto con la Hacienda de Coahuixtla, ambas dedicadas a la producción de azúcar de caña.

Los habitantes de Anenecuilco y otros pueblos de la zona vieron cómo durante el siglo XIX y principios del XX sus parcelas de cultivo de maíz, frijol, chile, calabaza, jitomate y cebolla, eran suplantadas por inmensos cañaverales plantados por orden de los hacendados.⁹ Antes de 1910, apenas 16 familias controlaban poco menos de 290,000 hectáreas de terrenos en Morelos. Entre los propietarios de haciendas morelenses más destacados se cuenta a Vicente Alonso Pinzón —español de homonimia colombiana—,¹⁰ dueño de los cascos de El Hospital, Chinameca y Calderón. También en la lista se encuentra María Escandón de Bush, cuyos apellidos no tanto evocan una dinastía presidencial estadounidense, sino que están relacionados con el teniente coronel Pablo Escandón, jefe del Estado Mayor de Porfirio Díaz y candidato oficial en los comicios por la gubernatura de Morelos en febrero de 1909. Fiel a las costumbres de la época, Escandón ganaría las elecciones por la vía de un escandaloso fraude sobre su



⁷ Ahora bien, una diferencia importante respecto al *status quo* precolombino fue la introducción de los peculiares cultivos del arroz y la caña de azúcar. Las agrestes condiciones de humedad y calor características de esta clase de cultivos llegaron a ser insoportables para el vigor físico de los indígenas. Entonces, los españoles optaron por importar esclavos africanos —más resistentes a esos tórridos ambientes laborales— con la finalidad de cultivar esos productos y dejar a los indígenas en los campos de maíz y frijol.

⁸ *Ibid.*, p. 78.

⁹ Margarita Carbó, "El zapatismo", en Miguel León Portilla (coord.), *Historia de México*, México, Salvat, 1974, Tomo IX, p. 81.

¹⁰ Por los navegantes de las dos carabelas menores de Colón, Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez Pinzón.

contrincante Patricio Leyva, quien era respaldado por los campesinos de la entidad.¹¹

De regreso al siglo XIX, los hacendados adquirieron la venia de las autoridades para acaparar los terrenos de los calpullis. En el Museo Casa de Zapata se reproduce una carta enviada a Maximiliano de Habsburgo por el líder de los comuneros de Anenecuilco, en la cual se puede apreciar el sentir de los campesinos ante el creciente despojo de sus tierras:

“Los que suscribimos vecinos del pueblo de San Miguel Neneuilco (sic.): V.M.Y.¹² como hijos tributarios de V.M.Y., postrados ante sus plantas suplicamos a V.M.Y. que si ya pasó la piadosa vista por los títulos o testimonios y mapa de nuestro pueblo, suplicamos la vondad (sic.) de V.M.Y. nos devuelva nuestro documento e igualmente dándonosle debido despacho según contestamos a V.M.Y. en nuestros escritos con fecha veintiocho de octubre del año próximo pasado que presente el Sr. Don Narciso Medina vecino de nuestro pueblo, a quien dimos nuestro poder para que represente nuestros derechos ante V.M.Y.; también pedimos a V.M.Y. nos conceda gracia y merced de que si no se puede dar todo el terreno que nuestro documento demarca, creemos que V.M.Y. podrá estender (sic.) sus órdenes para que se de nueva (sic.) posesión a nuestro pueblo dándonos las mil varas por cada viento de nuestra iglesia como la ley lo demarca V.M.Y. para beneficio de nuestros pueblos.

Pedimos que en obio (sic.) de mayores males decrete como pedimos por ser muy de justicia...

Anenecuilco, enero tres de mil ochocientos sesenta y cinco”.

El régimen imperial de Maximiliano poca atención prestó a los reclamos

¹¹ Puede ser que la llegada de Escandón al poder haya significado una revancha para Díaz. Cabe recordar cómo en 1869, cuando se llevaron a cabo las primeras elecciones para gobernador del entonces recién creado estado de Morelos, Porfirio Díaz contendió por dicho cargo y perdió con Francisco Leyva, padre de Patricio.

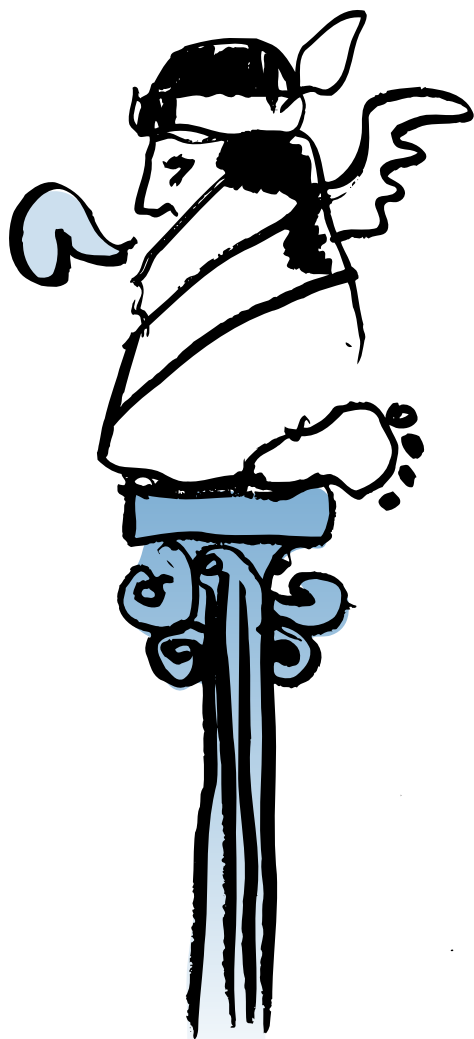
¹² Siglas para “Vuestra Majestad Imperial”.

de los anenecuilquenses, aunque la situación empeoraría con los gobiernos liberales de la República Restaurada. En 1883, el presidente Manuel González amplió las potestades de la Ley de Colonización promulgada en 1875 por el sucesor de Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada. De acuerdo con el antropólogo Arnulfo Embríz,¹³ “el decreto de 1883 sobre Colonización y Compañías Deslindadoras estableció que cualquier persona mayor de edad, mexicana o extranjera, podía denunciar un terreno baldío, mismo que se le podía adjudicar. Para poner en práctica esta ley se crearon compañías deslindadoras encargadas de medir, fraccionar y realizar el avalúo de los terrenos. Las tierras ya fraccionadas eran denunciadas y adjudicadas mediante títulos de propiedad firmados por el Presidente de la República. Dichas compañías recibían una tercera parte de las tierras deslindadas como pago de sus servicios”.¹⁴ En el caso particular de Morelos, empleados de los hacendados acudían a las parcelas de los comuneros de manera clandestina y devastaban los cultivos con la finalidad de que, al llegar las empresas deslindadoras, se determinara la “ociosidad” de las tierras y así fueran de inmediato entregadas al hacendado.

Cuenta la tradición local que entre 1887 y 1888, Manuel Mendoza, entonces dueño de la Hacienda de Coahuixtla, se las arregló para desaparecer el calpulli de Olaque en Anenecuilco, cuya propiedad era de la familia Zapata Salazar. En el proceso se destruyeron varias viviendas y se demolió una pequeña capilla construida en el Virreinato. En aquel episodio se relata que Emiliano Zapata, en ese tiempo un niño de 8 o 9 años de edad, dijo a su padre: “yo haré que

¹³ Embríz fue el primer encargado de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas en 2003. Esta institución es la heredera del anterior Instituto Nacional Indigenista (INI).

¹⁴ Cfr., Arnulfo Embríz O., “Esta tierra es nuestra”, en *Boletín del Archivo General Agrario*, México, Proyecto Archivos Agrarios, Centro de Investigaciones y Estudios sobre Antropología Social – Registro Agrario Nacional, n. 12, enero-marzo 2001 (<http://www.ran.gob.mx/archivos/AGA/paginas/12-07.htm>).



nos devuelvan las tierras”.¹⁵

Aunado al despojo de sus tierras, los campesinos no tuvieron más remedio que emplearse en las haciendas cañeras y renunciar a su economía de cultivos de autoconsumo. Ahora, sus medios de alimentación y sustento los adquirirían en las denominadas “tiendas de raya” donde recibían como retribución a su trabajo víveres y demás provisiones racionadas desde luego por los hacendados. De ahí que no sea un misterio la razón por la cual uno de los primeros actos de rebelión encabezado por Emiliano Zapata fuera el ataque a la tienda de raya del Zacoaco en las inmediaciones de Anenecuilco (1909). Si esto no fuese suficiente, los trabajadores del campo tenían prohibido recolectar el zacate de desecho de los cañaverales. Este desperdicio se utilizaba para alimentar al ganado todavía en posesión de los comuneros. Los hacendados eliminaban el rastrajo sobrante con tal de evitar que los campesinos dieran de comer a sus animales y al final se vieran obligados a deshacerse de ellos. No era raro que el mismo hacendado ofreciera pagarle al dueño de un animal una cantidad irrisoria por adueñarse de él.¹⁶ Estos y otros ejemplos de clara opresión y abuso contra los lugareños nutrieron el resentimiento y el descontento de los residentes del campo morelense.

En otro panel del Museo Casa de Zapata puede leerse una explicación –por llamarla de algún modo– del frecuente fenómeno del bandolerismo contra los hacendados, sus familiares y amigos: “el bandolerismo social (sic.) es una protesta endémica del campesinado contra la opresión y la pobreza, un grito de venganza contra el rico y los opresores, un sueño confuso de poner un alto a sus arbitrariedades”. Ciertamente, el crimen en las sociedades humanas puede generar todo un debate en cuanto a su naturaleza y causas. La respuesta de algunos comuneros al avasallamiento

leguleyo que benefició a los latifundistas decimonónicos fue una “guerra de baja intensidad” impulsada sí por el rencor y la revancha.

Las elecciones locales de 1909 en Morelos en teoría ofrecían una oportunidad legal para cambiar –o al menos regular– el despótico régimen de las haciendas. Si la ya mencionada contienda entre Escandón y Leyva no hubiera estado marcada por la imposición del candidato del presidente Díaz, tal vez la denominada Revolución del Sur se habría retrasado por un tiempo. La decepción emanada del fraude electoral no impidió la renovación de los mandos comunitarios en el calpulli de Anenecuilco; por el contrario, ésta determinó el curso a seguir en cuanto al perfil de quien sería designado nuevo calpuleque de la localidad. De esta manera, el 12 de septiembre de 1909, Emiliano Zapata fue designado como líder comunitario de su poblado natal y nombrado presidente de la Junta de Defensa de las Tierras de Anenecuilco. Al recibir estos cargos, Zapata debió seguir un ritual tradicional de investidura. Tras su nombramiento, Zapata “fue trasladado a la sacristía de la iglesia... a fin de ser sometido a una ardua enseñanza durante treinta días, la cual se basaba en el estudio de códices y grifos del lugar, así como documentos que demostraban la autenticidad de la tenencia de las tierras [...]”.¹⁷ Entonces, ese anenecuilquense de 30 años de edad emprendía una lucha de una década inspirada en el deseo de recuperar sus ancestrales posesiones, no sólo sus terrenos sino también su trabajo y sustento. La revolución campesina sudista se convertiría en uno de los principales pilares de la rebelión maderista por el respeto al “sufragio efectivo, no reelección”. Francisco I. Madero, quien por cierto fue padrino de boda de Zapata,¹⁸

¹⁷ *Ibid.*, p. 153.

¹⁸ Emiliano Zapata se casó en Villa de Ayala con Josefa Espejo, curiosamente hija de hacendados. Zapata y Espejo procrearon un solo hijo, el cual murió a muy temprana edad víctima de la picadura de un alacrán. Sin embargo, Zapata tuvo al menos otros tres hijos fuera de su matrimonio con Espejo. Con Petra Portillo engendró a Ana María Zapata, mientras Elena y Nicolás Zapata –a quienes después se les cambió el apellido por Aguilar–

encontró un importante activo para su movilización de masas revolucionaria en los campos de Morelos. No obstante, al igual que lo ocurrido con otras alianzas de la época, cada causa tomaría su camino y acabarían por contraponerse. Zapata no escapa a los sempiternos claroscuros de la historia, pero su carácter y permanencia como icono de la defensa de los oprimidos lo harían trascender más allá de su desenlace físico a las puertas de la Hacienda de Chinameca.

Chinameca: cuna y cripta del mito

Al sur de Anenecuilco, por una carretera de pavimentación descuidada por las autoridades y maltratada por el clima y los pesados transportes de carga que circulan por ella, se llega a San Rafael Zaragoza, encrucijada entre Chinameca y Tlaltizapán, las siguientes escalas de la Ruta Zapata. Por cuestiones ajenas a la congruencia cronológica y relacionadas con la practicidad del recorrido (por Tlaltizapán es más sencillo tomar rumbo de regreso a Ciudad de México vía Zacatepec y Cuernavaca), se recomienda dirigirse al último sitio donde se vio vivo a Zapata (aunque algunos relatos populares digan lo contrario como se señala posteriormente). Un camino asfaltado caracterizado por columpios y rematado con caprichosas sinuosidades conduce a la modesta localidad de San Juan Chinameca. La primera stampa ante los ojos del visitante es un enorme chacuaco¹⁹ de ladrillos rojos con la inscripción “Tierra y Libertad” sobresaliendo de la discreta maleza que adorna la carretera.

Ya en el pueblo es fácil dar con la entrada a la Unidad Cívico Social Educativa Chinameca. El rimbombante título digno del léxico posrevolucionario se refiere al semidestruido casco de la hacienda local. Canchas de cemento para jugar baloncesto (algunas sin tablero y/o aro) y un campo con césped en estado aceptable para la práctica del fútbol ro-

fueron descendientes de Zapata e Inés Alfaro.

¹⁹ El chacuaco es la chimenea de los ingenios azucareros.

¹⁵ Luna y Escarpulli, *op. cit.* p. 90.

¹⁶ *Ibid.*, p. 141.

dean dos edificios rectangulares con un par de pisos erigidos en el siglo XIX y remodelados apenas en porciones de su fachada y envilecidos con horrenda herrería color verde. En el acceso al mayor de ellos pende una artesanal manta con la palabra “museo”. En su interior, piedras sueltas de tezontle cubren el suelo y dan sustento a los improvisados paneles que integran la museografía de la otrora hacienda. Además de algunos retablos típicos de cualquier museo, llaman la atención enormes placas de cartoncillo en donde se fijaron recortes de periódico de 1919 sobre la muerte de Zapata (todos protegidos de manera muy profesional con gruesos plásticos transparentes), reproducciones de las comunicaciones epistolares entre Zapata y Guajardo –su verdugo–, así como una curiosa serie de copias fotostáticas del Plan de Ayala.²⁰ Al salir de la Unidad Cívico Social Educativa Chinameca se caminan unos metros a la denominada Plaza Emiliano Zapata construida en torno a los restos del portal original de la hacienda, justo bajo el cual fueron acribillados el revolucionario de Anenecuilco y varios de sus colaboradores. En la actualidad se aprecia una estatua ecuestre de Zapata que mira hacia la “piedra encimada”, sede del último campamento zapatista. En la parte posterior, se hallan los restos de un mural acerca de la emboscada del 10 de abril de 1919 pintado hace unos quince años por un misterioso desconocido proveniente de la Ciudad de México (esto de acuerdo con versiones de los lugareños). La improvisación de la técnica del artista dejó su obra a merced de la corrosión y la humedad. Ahora bien, la precariedad museográfica y paisajística del sitio histórico de Chinameca evoca una representación del crudo destino

²⁰ Este plan promulgado en Villa de Ayala el 28 de noviembre de 1911, desconocía el liderazgo de Madero como presidente de la República y se le califica de “inepto para realizar las promesas de la revolución de que fue autor, por haber traicionado los principios con los cuales burló la voluntad del pueblo y pudo escalar el poder; incapaz para gobernar y por no tener ningún respeto a la ley y a la justicia de los pueblos, y traidor a la Patria por estar a sangre y fuego humillando a los mexicanos que desean libertades, a fin de complacer a los científicos, hacendados y caciques que esclavizan [al pueblo]”.

del mito zapatista.

Como se mencionó al principio del texto, la prensa nacional y capitalina reportó con júbilo el asesinato del “Atila del sur” y recapituló para sus lectores los “horrores” de la revolución sudista. Con su imagen de orgulloso mujeriego, buen bebedor –algo no raro en su tiempo y circunstancia–, y vehemente al momento de la lucha armada, Zapata no era precisamente un símbolo para las buenas conciencias urbanas de su época. De hecho, fue Jesús Guajardo y no Emiliano Zapata quien recibió las loas y parabienes de los medios impresos tras los acontecimientos de Chinameca. Por ejemplo, en una nota titulada “De cómo fue muerto el cabecilla E. Zapata” del diario *Excelsior*, podía leerse: “[el vencedor de Zapata], el Cor. Guajardo, llevó a cabo un hábil plan de astucia y de valor para lograr la muerte del terrible ‘Atila del Sur’ [...] Con sólo diez hombres decididos y después de fingirse enemigo del gobierno, logró atraer a Zapata a un sitio donde había de encontrar el castigo por sus numerosos crímenes”.²¹ Sin embargo, la celebridad de Guajardo duró poco y pronto pasó a engrosar las filas del maniqueo panteón de los traidores de la historia patria.

“Muerto Zapata acabará el zapatismo”, sentenciaba *El Universal* el 15 de abril de 1919, “del resto de cabecillas, poca importancia debe concedérseles; no tienen elementos de combate lo cual se prueba con su inactividad; entre ellos es cosa corriente quitarse mutuamente las armas y el parque, los caballos y en general todo cuanto poseen, [...] con la muerte de la bandera del zapatismo, terminará pronto sin duda la rebelión del sur; lo manifiestan los mismos dispersos, los hombres que tenía Emiliano hasta su muerte, que lejos de defenderse, se fueron a la desbandada y ahora van con rumbo de Guerrero en busca de refugio a la persecución que les hacen las tropas del gobierno [de

²¹ “De cómo fue muerto el cabecilla E. Zapata”, *Excelsior*, 12 de abril de 1919.

Venustiano Carranza]”.²² Esta clase de relatos sólo se centraban en los actos violentos de la rebelión campesina y jamás se hacía alusión a los motivos originales de la misma. Por su parte, la historia patria hizo justo lo opuesto: idealizó tanto la lucha agraria que la transformó en un idilio retórico y absurdo. Asimismo, los movimientos autodenominados “zapatistas” como el EZLN combinaron los fetiches épicos emanados de los pedestales con un raro discurso de izquierda nacionalista desconocedor del gobierno mexicano, aunque alusivo a la institución por excelencia de la República: la Constitución.²³

A la luz de las versiones periodísticas de antaño, de las broncíneas y de las “posmodernas”, me atrevería a decir sí, en efecto, con el fallecimiento de Zapata se extinguió el zapatismo. Semejante aseveración está lista para someterse a debate desde varios enfoques e interpretaciones. Incluso cabe la posibilidad de enfrentar las críticas de quienes, según una leyenda popular, afirman que Zapata no murió en Chinameca. A pesar de las famosas fotografías de Casasola mostrando el cadáver del anenecuilquense, hay personas creyentes en el mito de un empresario árabe de Cuautla que se ocupó de esconder a Zapata para luego trasladarlo a Arabia

donde habría muerto de causas naturales aproximadamente en la década

²² “Revelación de los secretos del zapatismo”, *El Universal*, 15 de abril de 1919.

²³ En la llamada Primera Declaración de la Selva Lacandona del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) se lee: “después de haber intentado todo por poner en práctica la legalidad basada en nuestra Carta Magna, recurrimos a ella, nuestra Constitución, para aplicar el Artículo 39 Constitucional que a la letra dice:

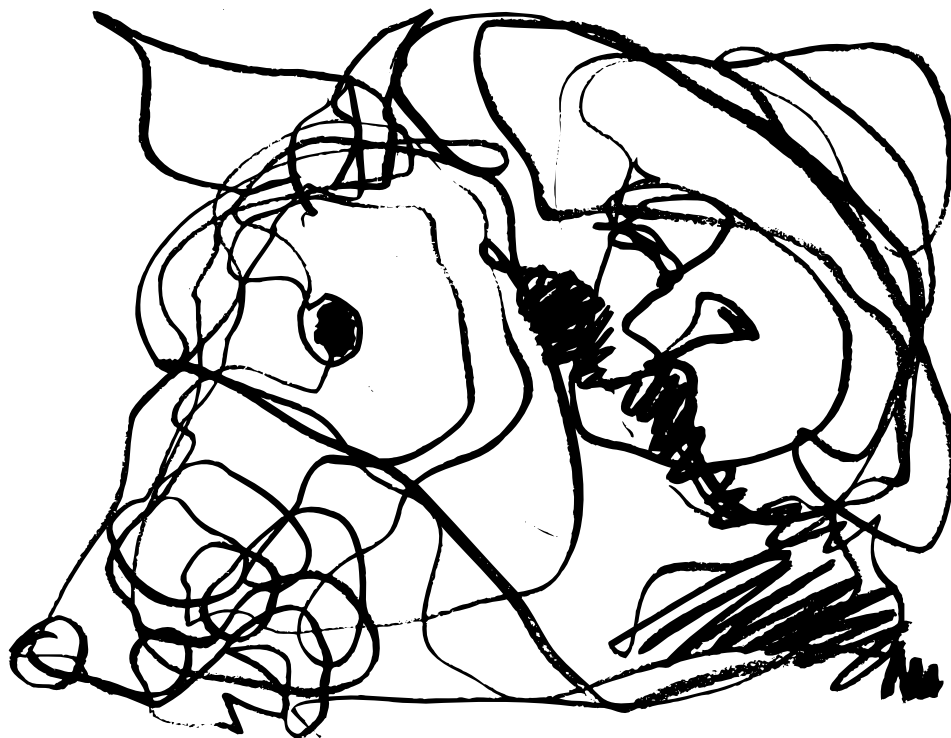
“La soberanía nacional reside esencial y originariamente en el pueblo. Todo el poder público dimana del pueblo y se instituye para beneficio de éste. El pueblo tiene, en todo tiempo, el inalienable derecho de alterar o modificar la forma de su gobierno” [artículo al cual, por cierto, aludió Andrés Manuel López Obrador en diversas oportunidades a fin de “justificar” su autonominamiento como “presidente legítimo” en 2006]. Por tanto, en apego a nuestra Constitución, emitimos la presente al ejército federal mexicano, pilar básico de la dictadura que padecemos, monopolizada por el partido en el poder y encabezada por el ejecutivo federal que hoy detenta su jefe máximo e ilegítimo, Carlos Salinas de Gortari” (Cir., Declaración de la Selva Lacandona, Comandancia General del EZLN, 1993, <http://palabra.ezln.org.mx/>).

de 1960.

En resumen, tal como la hacienda de Chinameca, el zapatismo encasillado en la mitología ha relegado al ideal original a un estado de olvido, malas remodelaciones, extrañas interpretaciones, y murales despostillados.

Tlaltizapán: la fractura en el bronce

De regreso a San Rafael Zaragoza, se toma otra ruda carretera asfaltada rumbo a Zacatepec y, más o menos a la mitad del trayecto, se llega al pintoresco Tlaltizapán, sede del Museo de la Revolución del Sur y del frustrado mausoleo de Emiliano Zapata. Respecto al primer inmueble, éste funciona como museo desde 1969 en el lugar que en la década de 1910 fue el cuartel general de las fuerzas revolucionarias zapatistas. Indudablemente, la muestra de objetos personales de Zapata no dice mucho al visitante, mucho menos la exhibición de su cama o de un tradicional tlecuil –aro de adobe sobre el que se coloca el comal, un aparato de cocción todavía común en los hogares rurales de la región–. En cambio, resulta de particular interés enumerar algunas de las actividades llevadas a cabo por los efectivos zapatistas y por el mismo Zapata dentro de su cuartel. Según se describe en un panel del museo, en ese lugar se celebraban “conferencias, entrevistas, acuerdos, visitas, juicios especiales (sic.), informes, pasatiempos amistosos, algunas veces bailes, parragueras (pleitos amistosos) (sic.), repartos y toda una gama de acciones, siempre vigiladas, encausadas o festejadas por el Gral. E. Zapata”. La imaginación puede volar altitudes insospechadas con los términos “juicios especiales”, “pasatiempos amistosos” y “parragueras”. En uno de tales “juicios especiales” fue condenado a muerte el profesor magonista Otilio Montaña. Este personaje, compadre de Zapata y a quien se le atribuye la autoría intelectual del Plan de Ayala, fue acusado de traicionar la causa zapatista por un consejo de guerra entre cuyos miembros estuvieron el mismo Emiliano y el célebre abogado agrarista Antonio

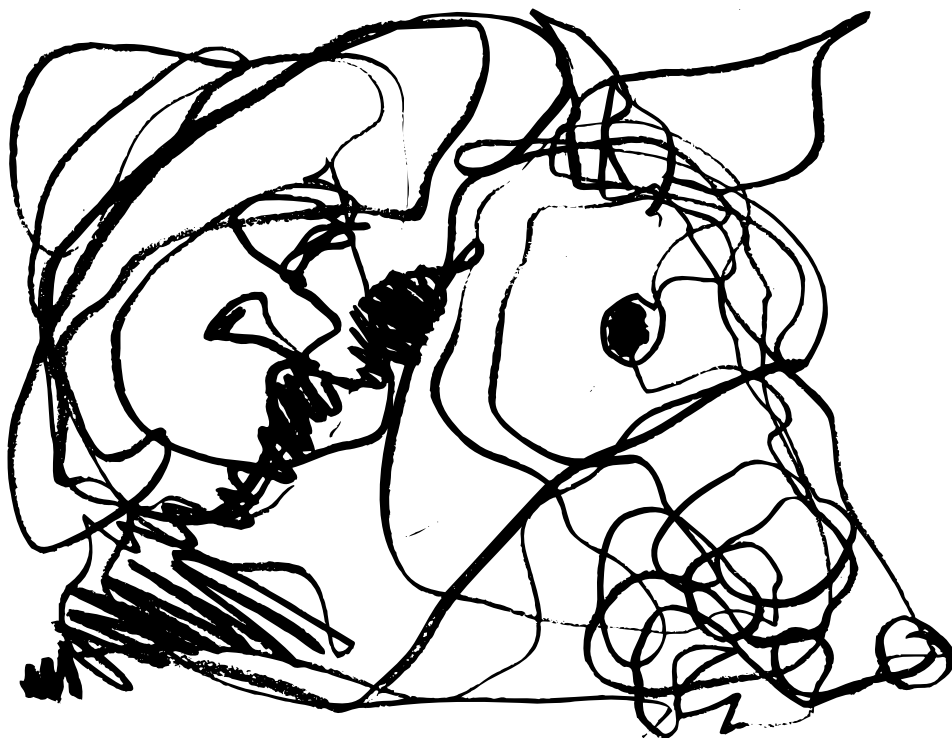


Díaz Soto y Gama.

En lo referente a otras costumbres del cuartel, se dice que la banda de música local –la de “El Centavito”– tenía por tarea tocar las mañanitas a Zapata todos los amaneceres, además de amenizar sus tres comidas diarias con las melodías del gusto del caudillo. Otro dato relevante del cuartel de Tlaltizapán es haber servido como patio de beneficio de la plata y casa de moneda clandestina de los zapatistas. Así, Zapata pareció reproducir, por un lapso fugaz, el esquema de un potentado, si bien de carácter precario, digno de un señor feudal.

La naciente megalomanía del caudillo de Anenecuilco no terminó en las prácticas al interior de su cuartel. A unas cuadras del museo se puede visitar la iglesia de San Miguel Arcángel donde se encuentra custodiado un Cristo negro al que Zapata le era devoto. En el atrio del recinto religioso, el visitante se topa con un raro monu-

mento en forma de pirámide cuadrangular con nichos socavados en sus paredes. En la plataforma superior coronada con un pequeño busto de Zapata se aprecia un espacio especial reservado para alojar un ataúd. Este es el mausoleo de Zapata. De acuerdo con los deseos del revolucionario, sus restos mortales y los de sus más cercanos lugartenientes debían reposar ahí. Ciertamente, algunos de sus colaboradores sí descansan en esa simpática construcción, aunque una buena parte de ellos no perecieron en combate sino varios lustros después de la Revolución. Al morir Zapata, las autoridades carrancistas determinaron el traslado de su cadáver a Cuautla, donde fue sepultado en el cementerio municipal de esa ciudad. La razón de impedir el cumplimiento de la voluntad del revolucionario era evitar convertir a Tlaltizapán, en ese entonces un poblado de difícil acceso y control, en un sitio de culto y peregrinación de los campesinos de la región. En 1932, tras la reivindicación histórico-política



del "Atila", se fundió una estatua de bronce de Zapata y en su pedestal colocado en el centro de Cuautla yacen los restos de Emiliano hasta la fecha.

Polémico y humano

En un texto de 1995 titulado "Y el mantel olía a pólvora", Enrique Krauze recuerda la polémica que generaba la figura de Emiliano Zapata entre los contemporáneos del anecuilquense, al contar las anécdotas seguramente compartidas por su maestro, Octavio Paz, sobre cómo la familia Paz vivió esos momentos de polarización revolucionaria. Ireneo Paz, abuelo del premio Nóbel mexicano, era en 1911 editor del periódico La Patria. En ese año, dicho rotativo calificaba a los soldados zapatistas como "chusmas alzadas", "gruesas bandas de endemoniados" de las que "el suelo patrio" debía "purgarse".²⁴ Al ser un maderista convencido, Ireneo Paz no dudó en

arremeter contra Zapata debido a su malestar por la promulgación del Plan de Ayala y ante su percepción de que el movimiento zapatista podría convertirse en una "guerra de castas".²⁵ Sin embargo, el ingeniero Octavio Paz Solórzano, hijo de Ireneo y padre del Nóbel de Mixcoac, sí simpatizó con el caudillo sudista al grado de, incluso, enrolarse en sus filas en calidad de "representante de la revolución zapatista en Estados Unidos". Influido en buena medida por Soto y Gama, Paz Solórzano vio con preocupación el desprecio de las fluctuantes élites gobernantes a los reclamos de los campesinos y criticó el uso de estas masas inconformes sólo mientras determinados personajes cumplían sus metas personales; así consideraban a Madero las huestes del zapatismo. Cuando Madero cae y deja al país en una inestabilidad más clara comparada con la existente a la salida de Porfirio Díaz, Ireneo Paz escribía decepciona-

do en La Patria: "el pueblo mexicano no comprendió la libertad, ni acertó a disciplinar su carácter".²⁶

Ciertamente, Zapata se distanció de Madero al no percibir correspondencia del prócer coahuilense ante las demandas de los campesinos por una eliminación inmediata y tajante del sistema de haciendas y de los grandes terratenientes. La desconfianza e impaciencia zapatista combinadas con las cuestionables facultades de negociación maderistas propiciaron una dramática fractura en lo que parecía una de las más genuinas alianzas revolucionarias. De todos modos, los ideales de justicia social con los cuales se ha identificado al zapatismo, en ocasiones chocan con las tradiciones y costumbres centenarias de pueblos con legítimos reclamos por la propiedad de sus tierras, aunque reacios a aceptar la potestad del Estado en otros rubros. La complejidad de este dilema se recrudece cuando las autoridades tampoco pueden garantizar el adecuado funcionamiento del orden jurídico para proteger a los ciudadanos frente a la arbitrariedad o al abuso de otros. Fomentar la confianza institucional en la ciudadanía es una tarea sin concluir y, en ciertos casos, aún sin comenzar. Zapata no era un hombre inmaculado como lo muestran los centenares de efigies de bronce que cubren el país. Zapata era un ser humano preocupado por la injusticia y la opresión, sí, pero también por recuperar lo suyo. Olvidar el lado real de la historia conduce a correr el riesgo de desestimarla al interiorizarla tan sólo por su naturaleza idílica. El verdadero heroísmo sería poder, al menos por un momento, transformar el bronce en carne y la poesía patria en análisis a fin de entender mejor al México diverso que vivimos en lo cotidiano. ■

²⁴ Cfr., Enrique Krauze, "Y el mantel olía a pólvora", en *Vuelta*, n. 224, julio 1995, p. 7.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*, p. 8.